

sabido revestir en su libro reciente, con esa prosa musical y rica, severa y voluptuosa, las preocupaciones que agitan a nuestro tiempo y que hacen de él una época atormentada, multiforme y ardua. De ahí que este libro, macerado en las eternas disciplinas del arte de escribir, sea, a la vez, un libro contemporáneo (contemporáneo no sólo por la fecha). En resumen, este libro ostenta todos los caracteres formales en que se anticipa, como un perfume, la gloria, y todas las inquietudes en que se adelanta hacia lo futuro, como una prosa, la fisonomía de nuestro siglo.

Aunque Gerschunoff alcanza recién ahora la madurez vastamente promisoriosa de los artistas señalados, este libro suyo de nuestro comentario justificaria, según creemos, el que se echase ya una ojeada retrospectiva sobre su labor de artesano de lo impalpable. ¡Cuán confortante y llena de enseñanzas sería tal ojeada! Nosotros nos limitaremos a esbozarla.

En *Los gauchos judíos*, Gerschunoff pintó con rasgos que interesarán al esteta y al historiador de nuestra cultura la odisea de aquellos hebreos que vinieron, a fines de la pasada centuria, como colonos al litoral argentino, y que comenzaron a mezclar su espíritu a los demás espíritus que se agitan en el misterioso crisol de la República. En *El nuevo régimen*, zahirió en páginas indelebles y en nombre de lo inmortal de los pueblos y de nuestro pueblo a Hipólito Irigoyen; y si ese libro lleno de pasión santa nos demuestra que Gerschunoff no supo, acaso, apreciar al gran caudillo en lo que significa como soberbio guaiador de multitudes, también nos demuestra, en cambio, hasta dónde supo — él, uno de aquellos inmigrados — comprenderse con la patria y arrebatarle con su fervor. En *La jofaina maravillosa*, glosó el libro máximo de nuestra lengua, ensanchando, así, su perspectiva de judío argentinista hasta dotarla de una visión hispánica y continental. Y ahora, en *La asamblea de la bohordilla*, se ha dejado penetrar íntegramente por un ideal humanitario, lo cual no es otra cosa que el retorno de su alma al clásico universalismo de su raza. La obra de Gerschunoff describe, pues, así mirada, un círculo perfecto, realizado con dolor, con amor y con belleza. ¿Puede darse espectáculo más ejemplar?

Carlos M. Grünberg.

*Tierra adentro*, por VICTORIA GUDOVSKY.

Bajo este título, suavemente creador, reúne la autora una serie de cuentos de maravillosa vida.

Dentro del escenario provinciano, cambiante y siempre uno, los personajes se perfilan y adquieren inesperado relieve. Sus palabras nos revelan el fondo de

la complicada psiquis del paisano llena de chispazos de inteligencia y agudeza.

Desfilan ante nuestros ojos los tipos más diversos del ambiente de provincia. La trama de sus oscuras existencias compone el fondo del libro. Sobre él se destacan llenas de gracia las pequeñas incidencias de la vida campestre.

En un animado cuadro asistimos a la corrida de sortija y otros juegos típicos de la paisanada. Es un momento de solaz y de olvido, en medio de la monotonía de la lucha diaria. Participamos de sus fugaces alegrías mientras leemos este cuento; la paz bendita del campo nos envuelve y parecemos respirar el airecillo dulce que llega de la serranía con el murmullo vago que sube de los campos. ¿Qué contraste el de este cuadro tranquilo con el que nos presenta este otro cuento! En el pueblo de campaña flota un ambiente de inquietud que invade el caserío. Los colonos salen de su habitual apatía y se los oye discurrir, razonar. El momento crítico, el más trascendental, ha llegado, «*Visperas electorales*» así se titula el cuento, nos pinta la agitación *sui generis* que precede a la elección del gobernador. Una vez más vemos al paisano ignorante de sus deberes y derechos. La palabra no tiene para él un sentido especial. «*No se hablaba de partidos, y menos de programas. Se hablaba de «caudillos», no de candidatos; a éstos no se los mentaba siquiera...* Los caudillos y sus promesas o sus amenazas: esto era lo visible, lo palpable.»

Así, vemos cómo desde el carnicero «*Don Jesús*», personaje de la más alta importancia por ser dueño de la única carnicería del pueblo, hasta el último colono, todos tratan de «*quedar bien*» con los futuros electos. Es este el único modo, de gozar, una vez terminadas las elecciones, de una vida pacífica y sin sobresaltos. El voto es, pues, entregado incondicionalmente al «*acaparador*». La influencia que ejercen estos hombres es manifiesta. Todas las voluntades se doblan y el caudillo es el amo cuya palabra es acatada ciegamente.

En este cuento la autora logra darnos la impresión exacta de la realidad. Están descritos con mano maestra los caudillos de los diferentes partidos, sujetos de almas tenebrosas, roídas por la ambición y las pequeñas pasiones, cuyas innobles existencias forman brusco contraste con la sencilla vida del paisano.

Otras escenas pintorescas dan lugar a los cuentos que siguen. En todos ellos encontramos algunos personajes que llegan a sernos familiares.

Entre todas descuella la figura de «*Don Marco*» «*viejo alto y flaco, que vive en el monte, donde es leñador, y sabe más cuentos que vainas da un algarrobo*». Es quizá el que más de cerca nos toca. Su espíritu, que se ha mantenido candoroso y puro a través de los años, es fuerte y sereno. Todos los que lo conocen aman su compañía, más que por el inagotable caudal de leyendas por la calma bienhechora y sedante que emana su persona.

En los días ingratos del invierno, reunidos en estrecha rueda al calor amigo del fogón, los paisanos escuchan con interés a Don Marco, mientras el mate amargo circula de mano en mano. La historia es ya conocida por todos, sin embargo en boca de don Marco adquiere un sabor misterioso que agranda las pupilas de los oyentes. A su vez, éste gusta de la compañía silenciosa de los más jóvenes y se siente feliz.

A pesar de que su educación es rudimentaria se advierte en todos sus actos un sentido de cultura y una comprensión profunda de las cosas que es frecuente encontrar entre las gentes del campo argentino.

Alternando, a su lado, conocemos a Zenón Almada, criollo joven que conquista desde el primer momento la simpatía del lector. Hombre de pocas palabras, responde con ingenio, y su gesto es desenvuelto y franco. De espíritu contemplativo y triste por naturaleza es bien querido por todos los paisanos.

El tipo pintoresco del «*lingera*» lo encontramos en Pietro, ciudadano italiano que viaja siempre en busca de algo que no encuentra. Su vida nómada lo arrastra hacia lo desconocido. Aunque se le presente una situación cómoda y metódica la desdeña para seguir errando, sin más equipaje que un bulto al hombro, perdida la mirada de los ojos azules en fontananza. Marcha a la deriva, la silueta destacándose sobre el fondo del camino, mientras las sombras medrosas del crepúsculo invaden la tierra.

— «*Cuando son «ansina»* — dijo un peón — ya no s'iaquerencian en ninguna parte. » Y Pietro ha desaparecido del escenario para siempre. Levantamos los ojos del libro y nos parece verlo alejarse solitario y triste.

Volvemos a la lectura. El título del cuento nos atrae. «*Alegría de la chacra*» y comenzamos a leer. Quico, Vecha y Aurito son los tres minúsculos personajes de la escena. Esta se desarrolla movida y con relieve dentro del patio de un galpón. Imposible sería describirla con acierto. Es un instante fugaz en la vida de los niños. La impresión que nos deja es la misma que hubiera percibido nuestra retina, de haber sido testigos presenciales del cuadro. Las palabras nos llegan con fuerza, nos emocionan. La segunda escena del cuento se desarrolla a otra hora y en otro lugar. A pesar de su brevedad nos da la sensación de algo vivido por nosotros mismos.

Pasamos a otro cuento y luego a otro. Poco a poco el sosiego de los campos nos invade y aquieta nuestro espíritu. Una dulce sensación de paz se apodera de nosotros. Quisiéramos prolongar la lectura. Nos cuesta salir de ese pequeño mundo de provincia tan rústico, tan lleno de poesía.

*Laura Bastionini*